«CLARIN», CRITICO DE SU AMIGO PALACIO VALDES

POR

JOSE MARIA MARTINEZ CACHERO

§ 1.—En el otoño de 1865 Armando Palacio Valdés—un niño con 12 años recién cumplidos—dejaba Avilés y venía a Oviedo, a casa del abuelo paterno, porque ya era momento de comenzar el bachillerato. Las clases del Instituto se daban en las aulas de la Universidad. Pasaron hasta dos cursos y, al siguiente, Armando, bien conocido por su carácter «turbulento y pendenciero», se encontró con «un grupo de chicos estudiosos y de notable ingenio y discreción», entre los cuales figuraban Tomás Tuero y Leopoldo Alas. Fué admitido en su compañía, no sin cierta reserva, y pronto, ganado por ellos, abandonaba malos hábitos pasados. Palacio Valdés participó ardorosamente en las tareas de un jovencísimo, familiar y pintoresco ateneo; paseó por Cimadevilla, disputando sobre cuestiones gramaticales (1); jugó, como sus compañeros, a revolucionario (2); colaboró en *La Instrucción*, fugaz revistilla estudiantil cuyos números «nadie pensó en conservar» (3); etc. En

(1) Vid. el cap. XXXIII de *La novela de un novelista*.

(2) Cap. XXXIV de la ob. cit.

(3) Vid. Adolfo Posada: *Leopoldo Alas, «Clarín»*, págs. 72-73. Oviedo, Publicaciones de la Universidad, 1948.

octubre de 1870 Armando Palacio Valdés—bachiller ya, voz mudada, casi de hombre, barba apuntando—emprendía viaje a Madrid.

* * *

§ 2.—En Madrid, a donde han ido por motivo de estudios, tenemos juntos—en la calle de Silva o en la de Capellanes—a los cuatro amigos: Palacio Valdés, Alas, Tuero y Pío Rubín. De entonces data, por ejemplo, la salida de *Rabagás*, «periódico audaz», confeccionado por los ingeniosos muchachos.

Palacio Valdés ha venido a cursar Leyes y Alas a licenciarse en Letras. Muchas cosas les unen, verbigratia: el fervoroso interés por la filosofía. De Alas se ha dicho que ésta constituyó su más dilecta pasión intelectual; Palacio Valdés confiesa (4): «En los años de mi adolescencia y en los primeros de la juventud he creído firmemente que yo había nacido para cultivar las ciencias filosóficas y políticas y para ser un faro esplendoroso en ellas».

Leopoldo Alas hace periodismo en *El Solfeo*; desde 1875 comienza a ser «Clarín»; se doctora en Derecho tres años más tarde; en el mismo 1878 oposita a una cátedra de Economía Política y es injustamente preterido. (Hasta 1882 no será reparado el desafuero).

Revista Europea publicó la tesis de Alas, *El Derecho y la Moralidad*, a poco de haberla leído su autor. Era propietario de tal revista don Eduardo Medina, quien nombró redactor-jefe a Palacio Valdés. En estas páginas vieron la luz por vez primera sus semblanzas de oradores, novelistas y poetas españoles contemporáneos, enseguida agrupadas en otros tantos volúmenes (5). También Palacio Valdés se doctora en Leyes y hasta desempeña interinamen-

(4) En la «Confidencia preliminar» a *Páginas Escogidas*. Madrid, Calleja, 1917.

(5) *Los oradores del Ateneo* y *Los novelistas españoles*—1878—y *Nuevo viaje al Parnaso*—1879—.

te la cátedra de Economía Política de la Escuela Mercantil del Instituto de San Isidro (6).

* * *

§ 3.—A principios de 1882 sale a los escaparates un tomo de doscientas páginas en cuarto titulado *La literatura en 1881*; lo integran treinta y un artículos críticos, de los cuales diez seis son obra de Palacio Valdés y el resto pertenece a Leopoldo Alas (7).

Desean ambos ofrecer «una especie de crónica» de las letras españolas durante el pasado año; se proponen continuar en los venideros, propósito que no llegó a realizarse. Piensan que su tarea podrá ser útil andando el tiempo a algún erudito y para ello recopilan trabajos publicados con anterioridad en diversos periódicos.

Leyéndolos se advierte una radical identificación entre sus autores por lo que atañe a intenciones y a procedimientos, de manera que importa más, bastante más, lo común—ofensiva contra toda mediocridad; la ironía, a veces cruel—que lo que les distingue—así: el puntillismo gramatical que asoma en Alas y que tanto lastrará en adelante buena parte de su labor crítica—. Ellos mismos declaran en el breve prefacio: «No carece de unidad el libro, aunque sea obra de dos, porque son condiciones comunes en nosotros la imparcialidad más estricta, la severidad más absoluta, al par que huímos, de común acuerdo también, de las ampulosas lucubraciones de retóricos hueros y pseudocientíficos. La verdad desnuda en estilo llano: esta es nuestra divisa. Con lo cual basta

(6) Angel Cruz Rueda: *Armando Palacio Valdés. Su vida y su obra.* Pág. 50 de la 2.ª edición, aumentada. Madrid, 1949.

(7) *La literatura en 1881*, por Armando Palacio Valdés y Leopoldo Alas («Clarín»). Madrid, Alfredo de Carlos Hierro, editor, 1882.

Los artículos de Palacio Valdés han sido reimpresos en el tomo II de sus Obras Completas—colección «Obras Eternas» del editor M. Aguilar—, páginas 1457 a 1488. No ha ocurrido lo mismo con los de Leopoldo Alas.

para que el libro esté animado de un solo espíritu, aunque dos plumas lo hayan escrito».

La verdad... Nada menos prometen decir—y claramente—los jóvenes críticos. Llamarán vino al vino y malo al escritor que les parezca malo. Pretenden ayudar al desorientado espectador: «Mientras se fabrican a toda prisa monstruosas reputaciones que deslumbran a los incautos, el deber de la crítica es avisarlos y colocar las cosas en su verdadero sitio», se lee en la página 69. Hoy es posible darse cuenta de cómo sus juicios no eran palos de ciego (8).

* * *

§ 4.—No volverá Palacio Valdés a emplearse en menesteres de crítica literaria inmediata; al enjuiciamiento de la producción ajena preferirá el cuidado de la propia. Poderosamente le atrae el género narrativo y sólo a éste se dedicará en lo sucesivo. Una novela «sin pensamiento trascendental», *El señorito Octavio*—1881— es su primer intento.

Desde julio de 1883 pertenece Leopoldo Alas al claustro universitario de Oviedo, donde reside hasta su muerte. Llegan a su rincón provinciano de vigía atento y exigente los ruídos del encrespado mundo de nuestras letras. «Clarín» prosigue con el mismo interés, el mismo ardimiento, la misma nobilísima intención

(8) Una sola muestra: el 12 de noviembre de 1881 se estrenó con buen éxito en el teatro de la Alhambra, Madrid, *La justicia del acaso*, drama en tres actos y en verso, original de Emilio Ferrari. «Clarín» concluía su nada favorable comentario con las siguientes palabras: «Yo, que le estimo [a Emilio Ferrari] más que sus oficiosos admiradores de una noche, me atrevo a decirle que no reniegue de las letras; pero que no vuelva a tentar fortuna en el teatro, mientras no cuente con elementos más poderosos y de muy distinta índole». Y «Clarín» tenía razón. Ferrari, que no volvió a insistir en el teatro, reconocerá años después (noviembre de 1890, carta a D. Severiano Doporto): «No me engañé respecto a las desmedidas proporciones de aquel éxito. Juzgándolo imparcialmente, soy el primero en reconocer que mi obra no pasaba de un ensayo más literario y poético que dramático».

su servicio en pro de la literatura española; servicio que alterna con los deberes profesorales, con sus relatos cortos y extensos.

* * *

§ 5.—1883 es el año de la publicación de *Marta y María*, novela que Alas comenta en las columnas de *El Día* (9). Antes de que el artículo aparezca escribe a Palacio Valdés comunicándole su parecer; la respuesta de don Armando está fechada en Candás a 29 de agosto. Acepta éste algunos de los reparos formulados y trata de justificarse por determinadas deficiencias (10).

El aludido comentario (11) resulta ejemplar. El crítico – «Clarín»—tiene que ocuparse de la obra de un antiguo y buen amigo —Palacio Valdés—. El trance no es fácil si el crítico guarda intacta su honestidad de tal y lo criticado ofrece fallos. Leopoldo Alas sale con bien de la arriesgada prueba.

Marta y María es «una narración interesante», que muestra «dotes de observador y eminentes cualidades de artista». El personaje Marta es un acierto: en el capítulo II «se adivina ya quién es y lo que vale», y con el progreso de la acción su importancia crece—«llega a ser lo principal y lo mejor del libro»—, y en su final «Marta se eleva y se eleva hasta oscurecerlo todo». Concretos tipos y situaciones cómicas de la novela «recuerdan al escritor satírico y al humorista *sui generis* que hay en Armando Palacio».

Pero... los capítulos primeros poseen escaso interés, «aunque

(9) Alas se había ocupado, elogiosamente, de *El señorito Octavio*-1881- en *El Mundo Moderno*. Aniceto Valdivia, escritor cubano a la sazón en España, ganoso de notoriedad, arremetió contra la novela y su comentarista en dos artículos insertos en *Madrid Cómico* ese mismo año. «Clarín» no demoró su réplica. Entonces Valdivia, olvidando por un momento la obra de Palacio Valdés, atacó a Leopoldo Alas: n.º 68 de *Madrid Cómico*.

(Tomo esta referencia de Narciso Alonso Cortés, *«Clarín» y el «Madrid Cómico»*, pág. 44 de *Archivum*, Universidad de Oviedo, tomo II, 1952. No me ha sido posible ver tales artículos).

(10) Vid. *Epistolario a «Clarín»*, tomo I, pág. 120. Madrid, 1941.

(11) Puede leerse en *Sermón perdido*, págs. 121-130 de la 3.ª edición.

todos [sean] discretos y muchos graciosos»; ganaría el libro, mejoraría el conjunto si «fuesen más ligeros y más importantes para la acción». El lenguaje merece alguna advertencia: «siendo mi propósito decir lo que siento, advertiré que hay algunos descuidos de sintaxis, más que en nada en la construcción: a veces hay anfibologías de las verdaderas, es decir, de las que no crea la malicia o la torpeza del lector, sino el desaliño de la cláusula. Algunos giros y algunas conjunciones usa Palacio, que tal vez tomó de antiguos escritores, pero que me parecen de mal gusto».

* * *

§ 6. —*El idilio de un enfermo* y *Aguas fuertes* aparecieron en 1884. De ambos volúmenes se ocupó «Clarín».

La recensión de *El idilio* (12) es tan extensa como la de *Marta y María* y resulta no menos ejemplar: examen objetivo y pormenorizado que destaca méritos y señala deficiencias. «Sabe a poco» esta novela, porque su autor no ha explotado debidamente las posibilidades que el asunto ofrecía; «precipita acción, interés, caracteres, y no nos da tiempo para conocer y amar a sus personajes. Es *El idilio* una novela interesante, pero en cifra; los personajes vienen a ser iniciales, y su historia nos atrae menos por esto». Palacio Valdés atendió más al escenario de la acción —y en su pintura acierta— que a los protagonistas de ella. Pero el paisaje es una peligrosa espada de doble filo: Palacio Valdés, concluye Alas, «tiene un camino seguro: la naturaleza; pero también un peligro: el *quietismo* literario».

Mejoría en el estilo; el lenguaje es «correcto y puro en general», aunque «algunas veces, pocas, desigual, descuidado, como puede observarse en el capítulo primero, que es gramaticalmente el peor»; el diálogo no siempre se contiene en sus naturales dominios, porque al novelista «se le va la mano a veces y deja a los

(12) *Sermón perdido*, págs. 239-248 de la ed. cit.

personajes decir trivialidades de pensamiento y de estilo, que podían excusarse».

A la altura de su tercera novela y de sus cuatro años de militante en el género, Armando Palacio Valdés merece a «Clarín» la siguiente consideración: «No; Palacio no es hoy de nuestros primeros novelistas; ni es halagarle decirle que ya ha hecho cosas tan buenas como las podrá hacer cuando sepa más de su arte: lo que se debe decir, porque es justo y es prudente, es que Palacio va a la cabeza de los jóvenes que siguen en la novela las huellas gloriosas de maestros como Galdós y Pereda».

Más breve—cuatro páginas y media de *Nueva Campaña* (13)—es la reseña de *Aguas fuertes*, cuyos relatos y artículos le han gustado a «Clarín». Demuestra este libro cómo Palacio Valdés adelanta, se perfecciona: «Se ve que ahora es más dueño de su pluma que nunca lo ha sido el joven colorista; que el pensador discreto, profundo y tranquilo se hace en Palacio más sereno, más profundo, más discreto cada día; que aquella imaginación lozana, vigorosa, jamás inquieta, siempre templada, se fortifica con el estudio, la atención y el esmero».

Escasos son los defectos que Alas percibe y denuncia: «descuidos de poca importancia en el lenguaje y observaciones de la naturaleza inexactas» y «giros y frases vulgares y prosaicas», esto último contagio sin duda «del estilo de político que habla o escribe».

* * *

§ 7.—*Riverita*—1886—y *Maximina*—1887—«no son en puridad sino una misma novela» (14). Por eso leída sólo la primera de ellas, desprovista de su complemento, el lector puede argüir desigualdades de composición, reparo que cesa en cuanto el conjunto se

(13) Madrid, 1887. Págs. 188-192.

(14) Luis Astrana Marín, prólogo al tomo I de las Obras Completas de P. V., pág. 18.

completa. Algo de esto debió de pensar Leopoldo Alas mientras leía *Riverita*, y tal como lo había pensado se lo dijo en carta a Palacio Valdés, quien contestaba desde Madrid el 10-V-1886: «Me alegra muchísimo que mi novela te haya gustado... En cuanto a la descomposición que observas, está calculada, y es más aparente que real. Cuando escriba la segunda parte, se verá más claramente la unidad» (15).

Casi un año más tarde—a 23-III-1887—, recien salida *Maximina*, escribía Palacio Valdés (16): «Lo que siento es que por efecto de nuestra amistad, qué toda España conoce, los elogios que me tributas hacen poco efecto y, en cambio, de tus censuras se agarran mis enemigos, como tuve ocasión de observar. Esto en último resultado importa muy poco, porque el juicio público se establece definitivamente al cabo de algunos años, pero siempre es una contrariedad que no puedas hacer por mí lo que puedes hacer por otro cualquiera». Delicada situación ante el público espectador la que a crítico y a novelista plantea su antigua y conocida amistad. Con anterioridad ya había dicho «Clarín» en un periódico: «Antes de entrar en el capítulo de alabanzas [a propósito de *Riverita*], debo advertir lealmente que Armando Palacio es íntimo amigo mío, y que un egoísmo, que me parece muy disculpable, me obliga a sacrificar al amigo en aras de mi humilde nombre de revistero imparcial. Quiero decir, que para evitar a mis enemigos la ocasión de zaherirme, prefiero no elogiar a Palacio cuanto merece, y apretar en el renglón de los reparos, para que así resalte más la condicion de justiciero de que siempre hice gala».

Las alabanzas no se toman en cuenta porque proceden de un amigo del autor; las censuras, sí, hay que agarrarse a ellas con fruición, sospechando, además, que han sido atenuadas no poco. Pierde en el juego el novelista y la buena fama del crítico padece. Veamos un ejemplo.

(15) *Epistolario a «Clarín»*, pág. 129.
(16) *Epistolario a «Clarín»*, pág. 132.

Andrés Miralles firma en *El Correo*—Madrid, noviembre de 1887—un artículo tachando a «Clarín» de apasionado e injusto en sus juicios, de ensalzador de mediocridades manifiestas, (y Miralles apunta a Palacio Valdés). Grave es la acometida. Alas no puede pasarla en silencio. Una parte del «palique» inserto en el núm. 248 de *Madrid Cómico*—19-XI-1887—es réplica a Miralles. (Perdónese tan larga, pero ilustradora cita).

«Dice el Sr. Miralles que «en diversas ocasiones he presentado como novelista de tomo y lomo, a cierto escritor asturiano, muy mediocre, cuyo nombre callo por no incurrir en el feo vicio de señalar».

Pues bien señalado está; no por lo de mediocre, que por eso nadie le conocería, sino porque el único novelista asturiano de quien yo he hablado bien, el único novelista asturiano que hoy existe, mejor dicho, es Armando Palacio Valdés. Porque de D. Ceferino Suárez Bravo no hay que hablar; ese no es novelista en mi sentir y, sobre todo, yo sólo he dicho de él pestes. Decir novelista asturiano hoy, es decir Armando Palacio; como decir novelista gallego, es decir Emilia Pardo, y novelista montañés, es decir Pereda. El señor Miralles, hombre de buena fe, me concederá que la alusión es transparentísima y equivale al nombre propio. Pues bueno: es absurdo lo que dice el Sr Miralles. Palacio es muy amigo mío, sí: yo mismo lo he dicho al hablar de él. Y ¿qué le ha valido esta amistad? Que yo, por *egoismo*, le haya alabado menos que merece casi siempre. En cambio los reparos que he puesto a sus escritos han servido para que alguien dijera: «¡Y esto, señores, lo escribe un amigo suyo!» Valiente negocio ha hecho Armando Palacio con mis críticas... Por fortuna para nada necesita de mí, pues sus méritos son reconocidos a estas horas en todo el mundo literario. Y a la prueba me remito·

¡Vaya una *mediania* que yo saco a flote, Sr. Miralles! La segunda novela que escribió Armando Palacio está traducida al ruso y publicada en Rusia, traducida al inglés y publicada en los EE. UU. *El idilio de un enfermo* se va a publicar en francés, y Lugol acaba de traducir también en francés la última novela de Palacio. De este novelista han hablado la mayor parte de las revistas más acreditadas del extranjero. *La Nuova Antologia*, de Roma, la revista más acreditada de Italia, citaba a Palacio entre los mejores novelistas españoles contemporáneos. *Le Correspondant*, *La Révue Bleu* y *La Nouvelle Révue*, de Francia, han consagrado sendos artículos encomiásticos a nuestro escritor asturiano; Alberto Savine habla mucho de él en sus libros de literatura española; en la América latina se leen con afán todas sus obras; en los EE. UU., una gran revista de más de 150.000 suscriptores, pone por las nubes al autor

de *José*; entre nosotros, Emilia Pardo, Valera y otros críticos buenos, le colocan entre los principales... y después de todo esto, y mucho más que omito, resulta que el mísero «Clarín» alaba a Palacio por pasión, ciego por la amistad. Cuando lo único que yo he hecho es dejarlo a la altura en que le ha puesto la justa fama».

* * *

§ 8.—¿Qué escribió «Clarín» a propósito de *Riverita* y de *Maximina*?

La primera es novela que «he leído del principio al fin sin cansarme» (17), lo cual constituye un nada desdeñable elogio cuando se publican—y el crítico los recibía—tantos libros de esos que apenas si se pueden empezar; no desdeñable, pero tampoco elogio suficiente para prestigiar un libro. En *Riverita* encuentra Alas «caracteres y tipos muy notables»; «relieve, orden, gradación, fuerza, gracia, observación, interés» en las relaciones entre ciertos personajes; mejoría en el diálogo, menos absorbente que en *El idilio*, pero todavía no libre por entero de excrecencias inútiles; descuidos en el lenguaje; excesivo apresuramiento en episodios que pedían más moroso y hondo trato.

A «Clarín» no le satisfizo *Maximina*: es lo que se piensa leyendo el correspondiente comentario (18), rápida y superficial impresión abundante en digresiones. «Libro escrito sin cuidado en gran parte», «novela donde está lo peor de Armando Palacio en lo secundario»; su «principal belleza está en la sencillez». ¿Cómo interpretar el párrafo con que «Clarín» cierra?: «Si yo tuviera espacio, que no tengo, diría mucho de lo malo de este libro, que toca a la obra muerta, y así taparía la boca a los envidiosos de Palacio y a los murmuradores; pero tendría que decir mucho más de lo bueno, de lo muy bueno, que no verán acaso ciertos espíritus, medianos en todo, pero que han visto los sencillos

(17) Vid. *Nueva Campaña*, págs. 239-246.
(18) Vid. *Mezclilla*, págs. 206-213. Madrid, 1889.

de corazón y los artistas de corazón. Así, *Maximina,* ha gustado mucho a las mujeres honradas y hacendosas, a las que *empuñan la escoba los sábados...* y los demás días de la semana, y ha gustado también a D. José Pereda, un hombre que hace obras de caridad escribiendo».

* * *

§ 9.—A «Clarín», por el contrario, debió de parecerle bien *La hermana San Sulpicio* -1889-, a juzgar por unas líneas del «palique» inserto en el núm. 325 de *Madrid Cómico* -11-V-1889,— anticipo, según declara, de un más detallado análisis.

«*La hermana San Sulpicio* es, en mi humilde opinión, la mejor novela de su autor, a pesar de tenerlas éste tales que le han dado fama dentro y fuera de España, hasta el punto de ser su nombre popular en América; a lo menos entre los aficionados a las letras españolas.

En *La hermana* hay, a mi ver, algo de la maestría que consiste en dar con la transparente impresión de un gran sentimiento, sea rodeándola de circunstancias extraordinarias por razón de la intensidad, de la *complejidad* o de lo excepcional del modo del efecto, o sea valiéndose de formas comunes y dejando al misterio de la gracia artística la eficacia de la impresión producida.

El argumento de *La hermana* está hecho con estos elementos: Sevilla, el sol, el amor. El *héroe*, Sanjurjo, un poetilla, se va, tras el amor vestido de monja, a Sevilla. No hay más; pero esto es mucho cuando se es artista de veras y se sabe observar lo que *pasa por uno* y lo que debe de pasar por los demás, y lo que parece que pasa por el cielo y por la tierra. ¡El amor, el sol, Sevilla! ¡Grandes lugares comunes que han hecho decir grandes bobadas a muchos, pero que hacen decir muy hermosa poesía a los pocos que son dignos de veras de pintar tan bellas grandezas! En fin, ya hablaremos Aquí me concreto ahora a dejar consignada mi opinión, a dar mi enhorabuena a Armando Palacio y a aconsejar a ustedes que no se olviden de leer (sinónimo de comprar, en *buenas letras*) el último libro del autor de *Maximina*».

* * *

§ 10.—Con *La Fe* -1891- concluye nuestra seguramente muy incompleta exhumación. El 10 de diciembre se puso a la venta y días antes Palacio Valdés escribe a su amigo y le remite ejemplar de la novela. «En ella tienes tú casi tanta parte como yo. Nuestros espíritus están tan compenetrados que nada de lo que hagamos aisladamente nos pertenecerá por completo» (19).

«Clarín» está de acuerdo con su amigo y en *La Fe*—que «parece escrita por un extranjero», que es «algo nuevo por completo en España» (20)—alabará por sobre lo demás la tendencia espiritualista. Para otro lugar reserva Alas el referirse a los méritos secundarios y a los poco notables defectos de la obra. (Ignoramos, al igual que en el caso de *La hermana San Sulpicio*, si cumplió su promesa).

* * *

§ 11. FINAL.—«Clarín», muerto en 1901, no conoció más que una parte de la obra de su amigo Palacio Valdés. La siguió muy de cerca, bien atentamente; la comentó con ejemplar y costosa objetividad (21), casi nunca subrayada como se merece.

---

(19) *Epistolario a «Clarín»*, pág. 148.

(20) Vid. *Ensayos y Revistas*, págs. 373-377. Madrid, 1892.

(21) «Tararí», seudónimo de Antonio Rubín, hijo de Pío Rubín, íntimo de Palacio Valdés y de Alas, ha aludido—*«Clarín», el crítico, y Palacio Valdés, el novelista*. I. Artículo en *Región*, Oviedo, núm. del 15-IX-1951—a una epístola en verso, hoy perdida, obra de Leopoldo Alas, «en la que se ocupaba, *ex abundantia cordis*, de los literatos del tiempo, y en la que aludía al esfuerzo y violencia que tenía que hacer al tratar las novelas de Palacio Valdés».